

IN MEMORIAM JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ



El pasado 12 de junio, asistido por el padre Carlos Baliña, falleció en Buenos Aires nuestro amigo y colaborador José Manuel González. Nacido en Buenos Aires el 13 de enero de 1951, en el Barrio de Villa Devoto, era hijo de porteños y nieto de gallegos y asturianos. Bachiller del Colegio Nacional de Buenos Aires y abogado por la Universidad de Buenos Aires.

Participó en la fundación y desarrollo del Instituto Abierto y a Distancia «Hernandarias», ejerciendo como titular de las cátedras de Historia Argentina, Iberoamericana, e Ideas Políticas del Siglo XX. Asimismo ejerció la docencia secundaria. Colaboró en la Comisión Alternativa para la conmemoración del V Centenario, creada por el Instituto de Cultura Hispánica de Buenos Aires.

Como escritor y conferenciante, intervino en numerosos congresos de historia española e hispanoamericana. Sus aportaciones más significativas versaron sobre los «antecedentes y posibilidades de una comunidad hispana de pueblos». Realizó también trabajos de índole local como miembro de la Junta de Estudios Históricos del Barrio de Balvanera, entre los que se destacan «Tradición fundacional de Balvanera» e «Historia del Hospital Español».

Trabajó en el campo antropológico, destacándose sus estudios sobre la relación entre el cante flamenco y el folklore argentino. Así, «Anselmo González Climent. Un argentino iniciador del estudio científico del flamenco», y «De los tangos al Tango: sobre las relaciones entre el cancionero criollo y el cante andaluz».

Por su actividad literaria recibió el premio «Centenario de Juan Ramón Jiménez», otorgado por el Aula de Poesía Española «Antonio Machado» de la Embajada de España en Buenos Aires.

En la Editorial Docencia-Proyecto Hernandarias publicó, entre otras cosas, *Las ideas políticas en Iberoamérica*. Fundó y dirigió la Academia de Estudios Hispánicos «Rafael Gambra», de Buenos Aires, y era también miembro del Consejo de Estudios Hispánicos «Felipe II», de Madrid, y de la Universidad Libre, Autónoma, Federal e Iberoamericana de Buenos Aires. Colaboró con el también recientemente fallecido profesor Otto Carlos Stoetzer en la edición

de su *Historia Iberoamericana. Política y cultura*, en cuatro tomos, y del mismo modo con Julio Carlos González en la edición de *La involución hispanoamericana. De provincias de las Españas a territorios tributarios: El caso argentino (1711-2010)*, publicado en 2010.

Conocí tarde a Manolo González. Incomprensiblemente. Aunque creo que lo mismo le pasó a casi todos. Luego pareció que le conocía de siempre y que todos le conocían de siempre. Félix della Costa, que junto con la intensa actividad editorial desarrollaba en los años finiseculares una no menos importante de agitación intelectual y social, me lo hizo conocer entrado el primer decenio del nuevo siglo. Por entonces, por encima de la difusión del tradicionalismo hispánico en su vertiente doctrinal, me empezaba a preocupar que sus concreciones existenciales fueran siempre más netas y menos ambiguas. La coincidencia temporal del agotamiento de ciertas actividades que me habían ocupado en alto grado durante veinte años, a causa de la diáspora de buena parte de los colaboradores por cansancio, *aggiornamento* o *rallièment* a una democracia cristiana de matriz conservadora renacida y rica de medios, y la resurrección (¡una vez más!) de un Carlismo purísimo y en modo alguno complaciente con cualquier compromiso teórico o práctico, propició en mí un giro de acentos, que no de doctrina. Desde 1996, además, había comenzado a viajar anualmente al cono sur de la América Hispana, y en concreto a la Argentina, con el trato consiguiente de muchos que había conocido antes en España o con los que precisamente tuve ocasión de intimar merced a esos viajes.

Y ahí, cuando el número de mis amigos argentinos era ya crecido, apareció Manolo. Recuerdo el primer encuentro en su casa de Parque Chas. Nos recibió, junto con la encantadora Estela, a Félix della Costa y a mí. Vestido más como un gaucho que como un hombre de ciudad nos ofreció unas empanadas y un locro, re-

gado todo por un vino tinto recio. A lo largo de varias horas comprobamos no sólo la proximidad de nuestras visiones históricas y políticas sino también una profunda afinidad humana. Junto a los amigos rioplatenses que del Carlismo tenían sobre todo una admiración intelectual y a los pampeanos cuya vinculación les llegaba sobre todo por vía peninsular, Manolo González exhibía una versión criolla y popular bien sugestiva e interesante. Por eso, llevé a Manolo a Pichi Mahuida, para que conociera a la admirable familia García Llorente, ejemplo de lealtades y fidelidades, al tiempo que le presenté a Luis María de Ruschi, bueno e inteligente, cerrando el círculo de los distintos enfoques. Fueron años de trabajos intensos que forjaron una sólida amistad y dieron vida a ilusionados proyectos.

Sobre todo, el que tomó por título «El 'otro' bicentenario», impulsado por el Consejo de Estudios Hispánicos «Felipe II», verdadera Real Academia de la Hispanidad, a partir de las conmemoraciones del bicentenario del 2 de mayo de 1808. Que vinieron a confirmar, incluso con usura, los temores y no simples aprehensiones que cabía razonablemente albergar a la vista, no sólo de la deriva, sino propiamente de la instalación de la cultura y política patrias en el desconcierto, cuando no la perversión. Con grave falsedad se esparció a los cuatro vientos que España habría nacido entonces y que la sublevación contra el «francés» estaría signada por el liberalismo auroral. Se hacía preciso alzar, por lo mismo, el verdadero rostro del bicentenario en cuestión, lo que cabría llamar el «otro» bicentenario. Que era, además, el comienzo de una serie, pues comprendía el alzamiento, la guerra posterior, el proceso institucional e incluso (merced a un ardid) constitucional, así como sus reflejos en sede americana. Ante los mismos había (y habrá) que ir tratando de presentar de nuevo su faz real, esto es, los «otros» bicentenarios. A la postre, sin embargo, el plural se resuelve en singular, pues la razón del desconocimiento y la manipulación es la misma en todos ellos: así pues, quienes quieren conservar el patrimonio moral de la tradición tenían y tienen por

delante el esclarecimiento de importantes problemas teóricos o de interpretación histórica que giran en torno al sentido de nuestra historia contemporánea.

«El 'otro' bicentenario» dio lugar a una serie de reuniones y publicaciones de gran interés. Las primeras, además de las acogidas en sede peninsular (algunas aprovechando incluso de la hospitalidad de la madrileña Casa de América), sobre todo fueron los congresos celebrados en Concepción (Chile) y en Córdoba (Argentina), respectivamente en las Universidades de San Sebastián y Católica, en agosto de 2008 y 2009. Manolo acudió a ambos —y con qué alegría—, sobresaliendo en los tiempos libres y de convivencia más aún que en las conferencias. Y es que Manolo, que en público se mostraba tímido y aun inseguro, se desmelenaba con un torrente de anécdotas y dichos en la intimidad. Del folclore a la historia y a la política no dejaba terreno sin roturar.

El segundo proyecto, ligado al recién visto, pues detrás del mismo se halla también el Consejo Felipe II, fue el de la revista semestral de historia y política hispanoamericanas *Fuego y Raya*, para la que redacto estas líneas. A Manolo le debemos el título, tras muchas idas y venidas, y sin tantas dudas lo acogió el equipo fundacional con entusiasmo. El fuego de Cortés y la raya de Pizarro. Qué finura la de Manolo al encerrar en una alusión fulgurante el espíritu de todo un mundo.

No hace mucho nos ofrecía su esperado libro sobre *Los Pincheira*, editado por Nueva Hispanidad dentro de la colección ya mentada «El 'otro' bicentenario». Y trabajaba, junto con Félix della Costa, que es quien pacientemente lograba sacarlo de su bohemia un punto indolente, en otros en la misma línea, que será difícil, si no imposible, completar. En las actas del Congreso de los 175 años del Carlismo, en prensa, figura un excelente trabajo suyo —ya póstumo— sobre el Carlismo en el Río de la Plata, que es el que adelantamos en estas páginas dedicadas a su memoria. Toda pérdida es irreparable, pero la suya se ha de sentir de modo particular, pues sus saberes —variados y extensos— no eran comunes. Su actitud,

piadosamente patriótica y por lo mismo ajena completamente al error nacionalista, tampoco es por desgracia frecuente en el Río de la Plata. De modo que perdemos un puntal en la transmisión de saberes y actitudes acendradamente tradicionales.

De una simpatía y autenticidad extraordinarias, era un carlista popular tanto o más que intelectual, no sin algunas promiscuidades o contaminaciones, más bien folclóricas, que se le perdonaban con facilidad. Bondadoso, cachazudo, bohemio y acogedor, recibía generosamente en su singular casa de Parque Chas, entre libros, discos y recuerdos. La última vez que disfrutamos de su hospitalidad, en una inolvidable noche invernal, tras haber departido con un Julio González exultante tras la aparición de su libro, al que tanto había contribuido Manolo, con el poncho puesto, sacó su boina roja y se la caló. Así lo recuerdo, como una suerte de requeté gaucho. Sin él, mis viajes a Buenos Aires ya no serán iguales.

Requiescat in pace

MIGUEL AYUSO